

que la confianza es verdadera fuente de bien, que los males no tienen poder alguno sobre el corazón de aquel que confía en Dios.

Si el ejemplo de nuestra Madre María no bastara aún para movernos, muévanos siquiera la experiencia del pasado. ¿Qué bienes nos proporcionó jamás nuestra desconfianza? En la pobreza, en las tribulaciones y en las desgracias, ¿qué consuelo pudo ofrecernos nuestra desconfianza? ¡Insensatos! y ¿no fué, acaso, ella la que vino á agravar inponderablemente nuestros males? ¿No fué ella la que nos hizo mil veces más desdichados en nuestra desdicha misma? ¡Ah! no neguemos tal verdad, mis amados hermanos, ántes bien tomemos de ella enseñanza para confiar en el Señor. En este miserable valle de lágrimas, no cabe sobre ello duda alguna, los males nunca faltan; y son esos unos males terribles, supuesto que ellos son el efecto de la justicia inexorable de mi Dios; porque ellos son fruto del furor del infierno; porque son producidos por el odio y la envidia de nuestros enemigos mismos.

Empero, si nosotros, en medio de todos esos males, dirigimos nuestra mirada al Altísimo; si confiando en Él y en su amor, recibimos el remedio y el auxilio; entónces, dado que no veamos desaparecer enteramente esos males mismos, podremos arrostrarlos con tal valor y denuédo, tal alegría y conformidad, que aún llegaremos á considerarlos como bienes inestimables, como un objeto que se codicia, como si fueran la vida y el sostén de nuestra alma y de nuestro corazón. ¡Ah! sí, lo repito nuevamente: confiemos en Dios; confiemos en María. ¿Somos, acaso, desgraciados? En medio de nuestra desgracia hallaremos un consuelo, si confiamos en Dios y en María. ¿Somos débiles, por ventura? En nuestra debilidad misma hallaremos un sostén, si dirigimos nuestros ruegos á Dios y á María con confianza. ¿Nos vemos oprimidos? Por medio de la confianza en Dios y en María nos veremos librados y á cubierto de nuestra opresión. De esa suerte, serán desbaratadas las maquinaciones de los impíos, descubiertas las calumnias de los malvados, y castigada la osadía de los poderosos; y, por nuestra parte, humillaremos á los enemigos, resistiremos los asaltos, y alcanzaremos la victoria, si en la confianza estriba la fortaleza de nuestro corazón. ¡Oh! implorémosla, pues, esta confianza; implorémosla á los piés de María; implorémosla de aquel corazón el más amoroso y clemente.

Sí, ¡oh María! vednos en este instante á vuestras plantas, dando al olvido toda inquietud de nuestro corazón. Nos sentimos oprimidos, es verdad, estamos llenos de amarguras; mas de Vos esperamos el triunfo y el sosiego... ¡Ah! qué desdicha la nuestra, por no habernos

acordado de Vos en medio de nuestros infortunios, por haber en ellos confiado demasiado en nuestra propia insensatez! Al ménos, desde este instante, iluminad, ¡oh María! nuestro entendimiento, á fin de que, aleccionados con nuestra propia experiencia, fortalecidos con vuestro ejemplo y con vuestra gracia santísima, comprendamos de una vez, que no nos resta en este valle de lágrimas otro consuelo que la confianza en Vos y en vuestro querido Unigénito. Haced que esa confianza nos acompañe en todos los instantes de nuestra vida; y así, nosotros, siendo espirituales Espinalbas en el jardín de la Iglesia, veremos brotar con abundancia las flores en medio de las espinas de nuestras tribulaciones; y gracias á esta confianza, alcanzaremos de nuestras congojas el más solemne triunfo.

DIA CATORCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

LA NECESIDAD DE LA ORACION.

Sine intermissione orate.
Orad sin intermision.

(I. TESAL. V, 17.)

Un olor suave, un perfume aromático, en cuya comparacion nada vale el incienso, el cinamomo y la mirra, nos está indicando en esta noche la proximidad de una planta la más lozana y feraz. En vano paseo mi mirada en torno de la deliciosa llanura, me acerco á toda planta, á todo arbusto, y á toda flor; en parte alguna puedo aspirar tan suave fragancia. Luégo me dirijo hácia la cumbre del vecino collado, hácia la cumbre del monte misterioso, y entónces, el siempre creciente perfume me anuncia, que allí, en efecto, tiene su residencia la planta de la suave fragancia. No sufriendo ya mi impaciencia

demora alguna, apresuro el paso, y aún quisiera tener alas para llegar más pronto.... mas ¡ay! es el olor tan intenso, tan penetrante el perfume, que me deja sin fuerzas, me postra sobre el suelo, y hace caer mi alma en un deliquio. ¡Oh planta maravillosa! ¿debes tú, pues, sustraerte, acaso eternamente, á mis miradas? no he de poder fijar mis ojos en tus flores? no he de poder deleitarme en tus sublimes bellezas? ¡Ah! ya estoy observando que en mi deliquio mismo, me voy aproximando á tí; sí, dichoso, ya te admiro; ya, afortunado, te saludo; ya, bienaventurado, me postro para gustar de tu suavidad, ¡Bendito Estramonio! cuán maravillosa contemplo tu elevacion! cuán grandes y pomposas tus hojas! cuán bellas tus flores en su forma! cuán preciosas por las hojas que las adornan! y cuán delicadas por su colorido! Empero, tu fragancia; ¡oh! tu fragancia no tiene semejanza alguna sobre la tierra; tu fragancia excede á la de los más suaves perfumes! Esa fragancia no puede proceder de otra parte que de los deliciosos jardines del cielo!

Mis amados hermanos; el jardin del cual sale tan suave fragancia es el Corazon immaculado de María; es María, nuestra Madre amorosísima, la que se ofrece á nuestra contemplacion, bajo el simbolo de esa planta feracísima. Y ¿qué es, pues, lo que nosotros debemos reconocer en esa planta deliciosísima? la Oracion, la fervorosa Oracion, la incesante Plegaria. Hé ahí el aroma que supera á todo otro; hé ahí el perfume que sobre todos se distingue; hé ahí la suave fragancia, que recogida en vasos de oro por los Angeles, sube hasta el trono del Dios inaccesible. ¡Ah! ved, pues, cómo en esa planta misteriosa todo os está hablando de la Plegaria y de la Oracion! La sublimidad de sus troncos os indica el arrobamiento del ánimo cuando se abisma en la contemplacion de Dios; el color blanco, que adorna interiormente á las flores, y el color de púrpura que se nota en la parte exterior de las hojas, es simbolo de la pureza y del fervor del espíritu; el hecho de abrirse cuando las tinieblas cubren la faz de la tierra, es la imágen del silencio que debe reinar en una alma, al abrir los lábios para modular una fervosa deprecacion: el ocultarse las flores bajo sus abundantes hojas, es señal del recogimiento interior de nuestro corazon cuando dirigimos á Dios las súplicas que salen de nuestros lábios; todo, en suma, nos habla de la Oracion, y á la Oracion nos invita; todo nos manifiesta la súplica fervorosa, nunca jamás interrumpida, de nuestra Madre Santísima.

¡Ah! carísimos hermanos; no sea, pues, en vano el habérsenos representado bajo ese simbolo misterioso á nuestra Madre María! La Oracion y la Plegaria es para nosotros una necesidad indispensable;

indispensable, porque Dios lo exige, y porque nuestro corazon tiene necesidad de ella.

¡Oh María! odorífero Estramonio celestial, echad una mirada á vuestros amorosos hijos! Sea vuestra gloria el excitarnos á la fervorosa Súplica; sea vuestra gloria el hacernos familiar la incesante Oracion! sea vuestra gloria el preservarnos, por medio de ella, de las miserias de nuestro destierro, de las lágrimas de nuestro valle, de los dolores de nuestro suelo! Os lo pedimos, saludándoos con el Ángel. A. M.

Es la voluntad del Señor, que nosotros nos consagremos á la oracion. Demos, sinó, una rápida ojeada, mis amados hermanos, al gran libro de la divina revelacion, á las sagradas Escrituras. ¡Dios de infinita sabiduría! y ¿en qué punto podremos principiar nuestras investigaciones? ¿A qué libro acudiremos para explorar vuestra voluntad sobre la materia? ¿Qué línea de él no nos lo indica, que pasaje no nos lo demuestra con caracteres del más terminante mandato? Si examinamos el antiguo Testamento, las antiguas Escrituras de nuestros Padres, tenemos en el Eclesiástico el más explicito mandato de la incesante Oracion: *Non impediaris semper orare* (xviii, 22). Lo mismo vemos repetido en Tobías, cuando instruyendo á su hijo le encarga, que bendiga al Señor en todo tiempo, y dirija á Él sus peticiones: *Omni tempore benedic Deo, et pete ab eo ut vias tuas dirigat* (iv, 20). Si abrimos el sagrado libro de Job, veremos escrito: Vuelve hácia el Señor tu rostro; dirígale tus súplicas si quieres que Él te escuche. Invócame, nos repite Jeremías en la persona misma de Dios; invócame, y yo te oiré benigno: *Clama ad me et exaudiam te* (xxx, 5). Allí, vemos que el real Salmista, persuadido de esta verdad, exclama en mil lugares: Invocaré al Señor Dios Altísimo, á Aquel que me ha colmado de beneficios, y no me veré confundido por haberle invocado. Bendito sea el Señor porque no ha desechado mis súplicas; á Él se las dirigiré sin descanso. Buscaré al Señor porque Él se considera honrado con nuestras deprecaciones. *Invoca me... et honorificabis me* (Ps. xlix, 15).

Luego, hermanos míos, si pasamos al nuevo Testamento, á las Escrituras de la nueva alianza, en todas partes nos sentiremos agobiados por la reiterada inculcacion del mencionado precepto. Es preciso, está eserito en San Lucas, orar, y orar en todo tiempo y en todo lugar: *oportet semper orare* (xviii); es menester orar en todo tiempo: *vigilate omni tempore orantes* (Ib. xxi, 36). La vigilancia y la oracion, hé aqui, segun San Mateo, cuanto nos es necesario. Y esta, prosigue

el Apóstol de las naciones, esta es la voluntad del Señor: *hæc est voluntas Dei* (I. THES. v, 18), que atendais á la oracion sin cesar: *sine intermissione orate* (Ib. 17). Tomad, nos dice en otra parte, el escudo de la salud, la espada del espíritu, la incesante súplica, insistid en la oracion: *Oratione instate* (COLOSS. iv, 2). Perseverad en la oracion, añade el Apóstol San Pedro, porque esta es la prudencia: *Estote prudentes et vigilate in orationibus* (I. PETR. iv, 7). En suma, es preciso orar sin desfallecer jamás: *Oportet semper orare et non deficere*.

Tomando pié de esta máxima, y reflexionando sobre esas palabras, hermanos míos, el gran Padre de la Iglesia, San Jerónimo, no cesa de exclamar: Si el Señor dice: *oportet*, es, pues, necesario el orar; *Dum dicit oportet necessitatem inducit*; y tal es esa necesidad, que el cristiano enemigo de la oracion puede, con justo derecho, ser comparado al pez que se halla fuera del agua; pues, del mismo modo que éste, fuera de su elemento, muere al instante, así tambien el alma, sin la oracion, se debilita y desfallece. Y ¿cómo pudiera ello ser de otra manera, carísimos hermanos? ¿Dónde pudiera el alma hallar, en tal caso, su propio contento, dónde su fortaleza, dónde su vida espiritual y eterna?

Dios, no cabe dudarle, nos quiere á todos salvos en el cielo. Él, sin embargo, no nos hace violencia; sólo nos indica los medios cuyo empleo puede conducirnos infaliblemente á la salvacion. ¡Desdichados de nosotros si los descuidamos! La oracion, nos dice Él, hé ahí el arma, hé ahí el escudo, hé ahí la espada para vencer á los enemigos, para conquistar la Pátria. A vosotros toca, pues, el empuñar ese escudo; á vosotros el blandir esa espada; á vosotros el hacer uso de ella en cada instante de vuestra vida.

¡Ah, hermanos míos! hartos notoria es la obligacion que nos incumben de orar; hartos clara y manifiesta es la voluntad del Señor, para que nosotros podamos alegar nuestra ignorancia en esta parte. ¡Ah! muévanos, al ménos, esta tierna exhortacion que ¡oh dignacion de mi Dios! nos dirige nuestro Padre celestial. ¡Oh hombre! nos dice por boca de Jeremías, tú, que hasta aqui has descuidado el uso de un medio tan necesario para tu salvacion; tú, que has ignorado hasta hoy, lo que es la oracion y la súplica; ¡ah! al ménos, ahora, empieza á invocarme cual tu Padre amantísimo: *Saltem amodo voca me* (III, 4). Pues bien; ¿qué respondemos por nuestra parte á esa amorosa invitacion del mismo Dios? ¿Pudiéramos, acaso, permanecer sordos á esas voces amorosas de sus lábios? ¡Ah! ¿cómo fuera posible, que rehusáramos escucharlas, nosotros, que nos titulamos devotos de María?

Vedla, pues, mis amados hermanos, á esa Madre amorosísima, observadla... mas ¡ay! ni aún acierto á deciros allí donde debo más propiamente hacéroslo contemplar, si en el Templo, en la humilde morada de Nazareth, ó en el pesebre de Belen. Si os la muestro en el Templo, la vereis delante del altar del Dios de los ejércitos, implorando el perdon con las más fervorosas súplicas, la gracia para sí misma, para el pueblo, y la paz para la tierra. ¡Ah! es Ella espiritual Estramonio, que exhala tal raudal de perfumes, que llena de ellos el Templo mismo de Dios. Si os la muestro en su morada de Nazareth, allí la vereis tambien derramar en presencia de su Dios, los íntimos afectos de su espíritu, exponiéndole sus votos, sus deseos, sus aspiraciones; descubriéndole las encendidas llamas de su enamorado corazon. En una palabra; allí la contemplareis cual la halló el celestial mensajero, postrada en tierra, y con el entendimiento elevado á las más excelsas alturas del cielo; cual místico Estramonio, que traspasa con sus perfumes la elevacion de las nubes sobre los astros, y penetra los cielos mismos más altos y sublimes. Finalmente, si la contemplais en el pesebre de Belen, permaneceréis mudos de asombro y de estupefaccion. En tal lugar observareis su rostro divinizado por tener siempre su mirada fija en su Dios; allí la vereis enteramente extraña á la tierra, porque siempre se halla en continuo consorcio con el cielo; allí la vereis cual fragante Estramonio, que con su elevacion deleita el corazon mismo de Dios. Y cual oloroso Estramonio la vereis tambien en la cumbre del Gólgota; cual oloroso Estramonio en el Cenáculo con los Apóstoles, y cual oloroso Estramonio prosternada delante del altar de la nueva alianza. ¿Y en qué lugar, pues, ¡oh Madre nuestra Santísima! dónde, repito, no te manifestaste tal á tu Padre, á tu Hijo, á tu Esposo, á tu amoroso Dios? ¿Qué acto de tu vida no santificaste con la incesante oracion? ¿Qué momento de tus preciosos dias no basta para echarnos en cara nuestro descuido respecto de la oracion, del ruego, de la súplica?

¡Ah, mis carísimos hermanos! aún cuando no fuera la voluntad del Altísimo, el deber que todos tenemos de consagrarnos á la incesante oracion, nuestra propia necesidad nos obligaría á ello. ¿Qué somos nosotros en esta tierra? Una nonada..... Hallándonos rodeados de numerosos enemigos, debemos estar siempre sobre aviso para evitar sus asechanzas. Agobiados bajo el peso de nuestra propia carne, nos hallamos continuamente expuestos á las miserias, á las enfermedades, los dolores y las desgracias. Siendo incapaces de todo, ni siquiera podemos invocar cual conviene el nombre Santísimo de Jesús.

Nuestra dicha depende de una sola cosa, de la gracia de Dios, la cual se halla en sus manos santísimas, y nosotros estamos inciertos de poseerla. Destinados á una pátria de eterno contento, no solamente no nos es dado llegar á ella con nuestras propias fuerzas, sino que éstas nos alejan de ella cada dia. Siendo unos infelices, no podemos tener en esta tierra, ni una hora de reposo, de satisfaccion ó de regocijo.

Sin embargo, no temais, hermanos míos, no temais: acudid á la oracion, sí, á la oracion; en ella encontrareis el contento de vuestro corazon; en ella hallareis á vuestro Dios propicio y compasivo. ¿Os persiguen, acaso, vuestros enemigos? Invocad al Señor y os vereis libres de sus ataques, no os dañarán sus asechanzas: *Invoca me, eruam te.* ¿Os afligen, por ventura, la miseria, las enfermedades, los pesares, las desgracias? Invocad al Señor, dirigidle vuestras oraciones, y vereis atendidas vuestras súplicas: *Omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis* (MARC. XI, 24). ¿Estais inseguros de que en vosotros reine el Señor con su gracia habitual; sentís, acaso, la necesidad de aquellos auxilios actuales, sin los cuales no podeis hacer cosa alguna buena? Acudid, pues, á la oracion; por medio de ella alcanzareis aquel espíritu de rectitud que os hará aptos para obrar el bien: *Pater vester de Cælo dabit spiritum bonum patientibus se* (LUC. XI, 13). ¿Temeis, por ventura, que os falte la perseverancia, sin la cual no se obtiene la salvacion? Pues bien; el Doctor angélico, fundándose en las divinas promesas, os hace saber, que la oracion es el medio para alcanzarla. ¿Deseais el Paraiso? Pedidlo, pues, al Padre celestial, pedídselo en nombre de Jesús, y lo obtendreis. *Si quid petieris Patrem in nomine meo dabit vobis* (JOANN. XVI, 23). En medio de las estrecheces, en las angustias, en las tribulaciones, rogad, y alcanzareis la abundancia, el consuelo y el refrigerio. ¿Habeis perdido la paz? En la oracion la hallareis. ¿Buscáis un lenitivo? La oracion os lo proporcionará. ¿Vais en pos de sosiego? En la oracion lo tendreis. La oracion será vuestro sustento, vuestro amparo y vuestro refugio. Así, pues, en la oracion hallareis todo bien: *omnia quæcumque petitis accipietis* (MARC. XI, 24), Resolveos, pues, de una vez, mis amados cristianos; es menester orar; orad y sereis dichosos; orad y sereis cristianos.

Por ese camino nos precedió, carísimos hermanos, la que nos dejó tantos ejemplos de ello. Fijad vuestra mirada en aquella imagen Santísima, en María. ¡Oh! cuán eficazmente ella experimentó los afectos maravillosos de sus fervorosas súplicas! Oprimida su alma durante su vida entera por los pesares y las dificultades, Ella halló

en la oracion un refrigerio indecible. Cual oloroso Estramonio, que oculta sus flores bajo la abundancia de sus hojas, la oracion es la que serena su semblante en el pesebre, cuando ve á su Dios abandonado de todos los hombres, y careciendo de todo medio humnao. Cual oloroso Estramonio, que embellece sus flores con el candor y la púrpura, la oracion es la que calma su espíritu, cuando por causa de Herodes se ve obligada á viajar fugitiva por Egipto. Cual oloroso estramonio, que no cesa un solo instante de exhalar perfumes, la oracion es la que consuela su corazon, cuando obligada á vivir en medio de un pueblo bárbaro, teme que llegue á faltarle lo necesario para la subsistencia. A la oracion acude ella cuando su esposo está á punto de abandonarla; á la oracion cuando la acosa la necesidad; á la oracion siempre que afligido se encuentra su dolorido corazon. Ella es su sustento cotidiano; ella su vestido ordinario; ella su refugio y su reposo.

Y vosotros ¡oh Angeles del Paraiso! vosotros, que recogiais en vasos de oro sus fervorosas oraciones, y desplegando vuestras doradas alas las presentabais ante el trono del Altísimo; vosotros, que luego volvais hácia Ella con la abundancia de gracias y consuelos del cielo, é incesantemente, así en vuestro ascenso, como en vuestro descenso, vosotros mismos no sabiais lo que debiais admirar más, si la súplica de vuestra Reina, ó la abundancia de la misericordia de Dios; ¡ah! decidnos, pues, cuán humilde, fervorosa y odorífera era la oracion en Aquélla, y en Éste cuán pronta, cuán esplendente y cuán infinita la misericordia; cuánta era en entrambos la complacencia, la satisfaccion, la reciprocidad.

Mas ¡ah! mis amados hermanos; los Angeles mismos se confiesan insuficientes para referirnos tantas cosas; y nosotros, movidos de la más profunda veneracion, admiremos á nuestra Madre Santísima, procurando al mismo tiempo imitarla, hasta donde lo permitan nuestras débiles fuerzas. ¡Oh! y cuál no fuera nuestra desdicha, si no lo procuráramos, hermanos míos! Siendo entónces transgresores del divino precepto, nos privariamos de aquella arma poderosísima, que á todos nos comunica fuerza para destruir á los implacables enemigos de nuestra eterna salvacion. Y siendo infelices respecto del alma, por hallarse ésta sin vida; desgraciados respecto del cuerpo, por sentirse éste oprimido por las tribulaciones; infelices en el tiempo, por estar separados de Dios, siendo enemigos de la oracion; fuéramos desgraciados, igualmente, en la eternidad. Mas, por el contrario, mis amados hermanos; rogando, insistiendo en la oracion, perseverando en las súplicas, estaremos contentos, seremos felices y dicho-

sos. Seremos felices, porque habremos permanecido fieles á los mandatos del Altísimo; estaremos contentos, porque sentiremos satisfechas las aspiraciones de nuestro corazón; y nos crearemos dichosos, porque estaremos seguros ya de obtener la mayor de las gracias, la salvación eterna. ¡Oh Oración! Oración! sé tú, pues, desde hoy, en lo sucesivo, la compañera inseparable de nuestros labios; el manjar sabroso de nuestras almas!... Mas, ¿á quién dirigiremos, en primer lugar, nuestras súplicas, carísimos hermanos? Las dirigiremos á nuestra Madre, á María.

¡Oh Virgen afortunada, místico espiritual Estramonio de los jardines del cielo! ¡Oh! mirad en este momento la frialdad de nuestro labio, la tibieza de nuestro corazón! Distraída siempre nuestra imaginación por objetos de ningún valor, siempre propenso nuestro ánimo á buscar en la tierra la paz, el contento, la alegría y el refrigerio, hemos omitido y despreciado aquella incesante oración, que, ordenada por boca misma de vuestro Hijo santísimo, nos hubiera sostenido en esta tierra de destierro, y fortalecido con la esperanza de un dichoso porvenir. ¡Oh Madre Santísima! Vos, que desde vuestro misterioso jardín, no cesáis de llamarnos con la elocuente voz de vuestras místicas flores, alcanzadnos esta gracia, haced que nos sea familiar y dulcísima la fervorosa oración. Os lo pedimos ¡oh Madre! por las oraciones mismas que, continuamente, elevasteis al trono de vuestro amorosísimo Dios. ¡Oh! consoladnos, Madre tierna, y haced, que siendo fieles á vuestro Hijo, encontremos en la oración el pasto del alma, el refrigerio de la vida, la protección en la muerte, el triunfo, la gloria y la felicidad eterna en los cielos.

DIA QUINCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

CALIDADES DE LA ORACION.

Petit, et non accipitis, eo quod male petitis.

Pedís, y con todo no recibís, y esto porque no pedís como conviene.

(SANT. IV, 3.)

El orar, es, pues, mis amados hermanos, un acto necesario é indispensable; así Dios nos lo manda, y á ello, igualmente, nos obliga imperiosamente nuestra naturaleza misma viciada y corrompida. Empero ¿cómo se explica, que, tan á menudo, nuestras oraciones sean infructuosas? Si Dios mismo nos manda que oremos, ¿cómo es que muchas veces desatiende y desecha nuestras oraciones? Si nos aconseja la oración para fortalecer nuestra natural flaqueza, ¿por qué, pues, la deja vacía de toda gracia, desprovista de todo favor? ¡Oh Virgen Santísima! Vos que sois nuestro auxilio y fortaleza; ¡oh místico y espiritual Estramonio! que elevabais incesantemente vuestros perfumes hácia el Altísimo; ¿qué nos contestáis sobre este punto? ¿qué consuelo nos ofrecéis ahora en medio de nuestras dudas? ¿qué seguridad nos dais en nuestros temores? Vuestro Hijo no nos escucha, y, por lo mismo, nosotros corremos hácia vuestro trono suplicantes. ¡Ah! instruidnos, iluminadnos, enseñadnos, reveladnos, pues, por qué causa vuestro Hijo Santísimo no se digna escucharnos; por qué motivo nos arroja de sus plantas; por qué se oculta á nuestras reiteradas instancias.

Un rayo de luz viene ahora á iluminar mi entendimiento, carísimos hermanos. Nosotros hemos designado á María con el nombre misterioso de místico y espiritual Estramonio, cuya flor, segun os in-